



*"La amistad es falso cobre,
la amistad, óyelo, chico,
forma la ilusión del rico
y el desengaño del pobre".*

*"La amistad, en conclusión,
la amistad ténlo presente,
es, sobrino, un accidente
del oro o la posición".*

ANTONIO PLAZA

VII —

*"Antidinacosmopolaterapicamente"
o: "El poder vuelve tontos a los sabios
y locos a los pendejos".*

Puntualmente todos los integrantes del directorio se reunieron en la antesala del señor gobernador, después de haber ascendido por las escalinatas de mármol de aquel palacio estrambótico conocido por la Casa Dorada, por su fuerte tendencia al color oro en todos sus pasillos y salas. Ante la puerta del ejecutivo fueron detenidos e interpelados por un joven apático de ojos fríos, sonrisa de hielo y rictus de amargado, quien en tono y forma impersonal sin concederles la más mínima importancia, simplemente les dijo que se sentaran. A todos les desagradó la forma repelente y descortés con que fueron recibidos por el que suponían sería el secretario del gobernador, pero por prudencia y educación prefirieron no hacer comentarios.

En las paredes colgaban impresionantes pinturas de cuer-

po entero y a caballo de héroes legendarios, así como en la cubierta de las mesas y escritorios abundaban, casi como pisapapeles, bustos y estatuillas de todos tamaños y colores, con las efigies, conocidas por repetidas, del presidente y del propio gobernador. Una serie de teléfonos y aparatos de comunicaciones dejaba oír su tintineo repiqueteante y ojillos de varios colores se prendían y apagaban ininterrumpidamente.

Después de casi una hora de paciente espera, por fin se abrió la puerta misteriosa que iba a dejar conocer en vivo al alto y famoso personaje.

Rubicundo, regordete, jovial, sonriente, el señor gobernador recibió con los brazos abiertos a todos los señores consultores de la Cofradía, permitiéndose a medida que Ricardo de Velasco iba presentándoles, darles un ceñido abrazo a cada uno de ellos diciéndoles a la oreja, en tono al parecer sincero y confidencial: —es un honor don Torticio; estimado arquitecto Argüelles; distinguido don Aurelio; es un placer don Ruperto; querido licenciado Montellano. . .—

Una vez que los invitó a sentarse —ya que están ustedes en su casa, porque ésta, señores es la casa del pueblo—, vociferó el mandamás, un ayudante presuroso y caravaneador (¿qué sería el mismo individuo que los recibió en la antecámara en forma altanera y déspota? depositó encima de la mesa central, dando frente al gobernador, una grabadora portátil, la cual de inmediato puso a funcionar, retirándose con pasitos cuidadosos hacia atrás, quizá para no darle la espalda al alto funcionario.

Estoy para escucharlos y servirlos, exclamó en tono declamatorio el gobernador.

Ricardo hizo una breve síntesis del problema, haciendo hincapié en que las obras donadas por el club a la comunidad eran totalmente gratuitas y una vez entregadas éstas, el Estado se hacía cargo de la administración de las mismas.

—Precisamente, muy respetables y distinguidos amigos míos, ahí está el grave problema, pues ustedes, seres comprensivos e inteligentes, ciudadanos bondadosos y por todos

motivos admirados y respetados, el superior gobierno al aceptar, al echarse a cuestras un edificio, aunque sea regalado, estimados y finos caballeros, tiene que llenarlo y al llenarlo de empleados y de muebles y enseres, tiene que pagar sueldos y servicios y ese mantenimiento tiene que salir, señores filántropos, precisamente de las escasas arcas de nuestra tesorería y muchas veces, aunque terca y honradamente tratemos de estirar el presupuesto, éste no alcanza y así nuestros incontenibles y patrióticos deseos de servir a la patria se ven frustrados por esa falta de numerario en efectivo. Ya el señor alcalde, siempre al pendiente de obras y actos que repercutan en beneficio de nuestra ciudad, me había comentado del asunto, apenándonos a ambos el que la vital obra fuese suspendida, ya que es del conocimiento nuestro y del pueblo en general que el ya famoso y caritativo club de La Cofradía, se distingue precisamente por su gran amor a la humanidad —en lo cual personalmente coincidimos—, por el desprendimiento de cada uno de sus miembros para con sus semejantes, porque señores directivos, clubes como el de ustedes, son los que hacen falta en nuestra nación, porque conciudadanos limpios y honorables, la patria agradece cada aula, cada escuela, cada salón, que sirve para dar luz a las nuevas generaciones, luz que ilumine el camino de la superación de nuestros hermanos obreros, de nuestros olvidados campesinos, de nuestra clase pobre y humilde que desea aprender, que desea estudiar, para llegar mañana a ser uno de nuestros pro-hombres, como el insigne maestro Ayala, el immaculado licenciado Pedroza, el ejemplar benemérito Apolinar Zúñiga y nuestro actual presidente el excelso estadista don Abelardo I. —Eso es lo que ustedes significan señores miembros del club de La Cofradía, una esperanza, un estímulo, una realidad para el hombre que espera, para el hombre que sufre, para las actuales generaciones desesperadas que anhelan su educación, quizá más que su propio alimento; para nuestros amados y respetados conciudadanos que aplauden sin reservas la modesta labor que el Estado con sus modestos recursos construye para ellos, porque ellos son nuestra mayor preocupación, por ellos fuimos

electos y a ellos nos debemos y no podemos fallarles; por eso, señores, el alto y elevado sentimiento patriótico no puede quedar callado, justo es reconocer y aquilatar, en su justa medida, el valor que las cosas representan para nuestros gremios, ellos juntos consolidan el caudal que la patria les hereda: su libertad, su libre albedrío, la justicia, su dignidad humana. . . bla, bla, bla. . .—

Y así continuó aquel merolico desconsiderado por espacio de casi dos horas, interrumpido apenas por los pasos precipitados, silenciosos, como bailarina de ballet, del servil ayudante que cambiaba con singular rapidez y destreza la cinta de la grabadora. Todos estaban confusos, atolondrados, estupidizados con aquella palabrería, aquella verborrea empalagosa, falsa, inútil, repetidora, deshilvanada, un atroz galopeo de palabras que llevaba a. . . la nada. A Ricardo le tronaba la cabeza, don Torticio simplemente cerró los ojos y se quedó dormido; el licenciado Montellano ardía de fiebre y de rabia; solamente Aurelio R. Calvo seguía fascinado, como hipnotizado, los gruesos labios y la asquerosa boca del farsante que hablaba y hablaba sin parar, sin límites, cautivado por el propio sonido de su voz, mareado por su propio conocimiento del poder; Ruperto Quintanar sudaba copiosamente y hacía grandes esfuerzos por mantener sus párpados abiertos. El licenciado Montellano se sentía verdaderamente enfermo y estuvo varias ocasiones a punto de desfallecer y de interrumpir aquella interminable perorata para pedir permiso de irse; recordó, entre brumas, aquella famosa y certera sentencia que había oído no recordaba donde, que dice: “el poder vuelve tontos a los sabios y locos a los pendejos”. —Ricardo pensaba— si no se calla este gramófono humano, me voy a arrojar por el balcón para terminar con este suplicio, me siento borracho con tantas palabras.

—Por lo tanto, estimados amigos, respetables señores, ciudadanos íntegros y distinguidos filántropos por nacimiento y convicción, yo les ruego hagan llegar a todos, a cada uno de sus agremiados, de sus socios, de sus entrañables hermanos en la caridad, que el último de sus servidores, el más

humilde, que sin vacilación entrega su vida en aras del beneficio y felicidad de su comunidad, se preocupará hondamente, personalmente, íntegramente, del grave asunto que se le ha expuesto y en su próxima visita al supremo jefe, el gran sacrificado, el mejor hombre del país, procederá a plantearle en forma delicada, pero franca y abierta —como lo es él— el problema que tanto les preocupa, en la seguridad de que el Gran Comprendedor, con su talento innato, dispensará, a pesar de sus múltiples ocupaciones, todo el tiempo que sea necesario para resolver lo que proceda. . . inhaló profundamente para tomar aire. . . pero, rápidamente, en ese momento, Ricardo tomó la palabra para en forma violenta y precipitada darle las gracias y tenderle la mano en señal de despedida. Los demás miembros del directorio, reaccionando súbitamente del sopor en que se encontraban sumergidos, atropelladamente extendían su diestra y se despedían con aturridos monosílabos. El hombre incansable, el sádico torturador, se limpiaba el sudor de la frente y con gran sonrisa fija, estática, como si fuera a tomarse una fotografía, despedía a cada uno de aquellos rostros humanos que formaban parte de su rebaño.

El grupo salió de prisa de la enorme, atestada y abigarrada sala de espera y casi sin despedirse, abandonó aquel “santuario del pueblo”, abordando sus coches, para dirigirse a sus casas, algunos a comer un bocado fuera de horas de la comida y otros a tumbarse en un sillón o en la cama para olvidarse de aquella inmisericorde ráfaga de metralleta que acababan de padecer, sufrir y tolerar.

Ricardo, camino de su casa iba incómodo, distraído, molesto, todavía rondándole los bla, bla, bla, por entre las sienes, cuando de súbito frenó bruscamente para evitar atropellar a un niño que alocadamente salió por enmedio de dos automóviles estacionados. . .

El licenciado Montellano, mientras conducía su coche, pese a su educación, su sensatez, el dominio que siempre había ejercido sobre sí mismo, se sentía descentrado, lamentando para su yo interno, el pobre destino que le deparaba a la

amada patria el tener que soportar a políticos relumbrones, parlanchines, tontos, incapaces y deshonestos. —¿Qué será del futuro de las nuevas generaciones si no se pone freno a los rapaces huecos y podridos? así iba meditando el sufrido hombre que a raíz de la pérdida de sus dos únicos hijos en trágico accidente aéreo, había empeorado día tras día en su salud. El terrible carcinoma hacía estragos en su lento proceso de ramificación por los pulmones, dificultando la respiración de aquel infeliz.

Ruperto Quintanar se fue derecho al primer bar que encontró en las cercanías del palacio, para olvidar en un grueso trago, el torrente de frases estúpidas que acababa de soportar. . .

Aurelio R. Calvo, en su malicia de hombre impreparado, pero listo, intuía que no habían conseguido nada en concreto y se proponía, secretamente, obrar por su propia cuenta. . .

Don Torticio del Olivar, pensando que ya era mucho tormento para un solo día y ante la aterradora idea de dialogar con su esposa Tencha, prefirió encausar el rumbo hacia la casa de su complaciente amante para descabezar una sies-tecita. . .

El arquitecto Argüelles tomó una torta en una refresquería yéndose directamente a su oficina, pues tenía mucho trabajo que atender y ya había perdido casi cuatro horas entre esperar al señor gobernador y escuchar la sarta de sandeces y muletillas baratas, nada menos que del representante y jefe del estado local. También pensó para sí —con estos elementos deslenguados, sin preparación, que no resisten el más mínimo análisis, va a ser imposible que nuestra nación prospere; no es, no puede ser posible y lo más triste y grave es que en cada ocasión nos mandan lo peor; ya es tiempo de abrir los ojos, de rebelarnos en contra de esta fauna descarada, cínica y sin escrúpulos que están entorpeciendo la marcha normal de la ciudad, su avance lógico, porque se ve bloqueado, detenido, frenado, por estos funcionarios parlanchines y deshonestos que nulifican cualquier sincero intento de progreso.

¿Pero. . . Dios mío, cómo destruir una mafia organizada que cada día nos oprime más? . . .

En efecto, aquella nueva ciudad, albergaba hombres laboriosos que siempre se preocupaban por su trabajo y su hogar, a los cuales les dedicaban todo su tiempo completo, olvidándose del aspecto político que día a día era absorbido por la gran mafia del centro que aprovechaba la falta de interés y el desgano de la ciudadanía para imponer canallas en el poder. El despertar cívico para instalar en los puestos públicos a verdaderos y auténticos representantes de los diversos sectores, estaba aún muy distante, pero el descontento comenzaba a bullir en las conciencias y a efervecer en aquel colmenar trabajador que año tras año veía incrustarse en el poder a los individuos más desacreditados y patibularios. Parecía ilógico que quienes se agrupaban arriesgando su dinero para formar una empresa, con el afán de producir, se vieran constantemente asediados, entorpecidos en sus trabajos por demandas, trabas y requisitos sin fin y no pudieran asociarse y consolidarse para presentar un frente común contra todas las injusticias y latrocinios de que eran víctimas.

Claro que de todo había en la "viña del Señor" ya que por un lado los empresarios e industriales, al ir prosperando, procuraban, como buenos cristianos, conceder mayores privilegios y prerrogativas a sus empleados y trabajadores y para ejemplo estaba la ya poderosa industria de la cerámica, que sin leyes que la presionaran, había iniciado a gran escala, la construcción de viviendas decorosas para sus obreros en un amplio sector que tenía todas las comodidades y también concedía a precios menores que el comercio, toda una gama de artículos alimenticios, así como la bendición de la instalación de una clínica para atender las enfermedades de sus trabajadores y familiares. Estos seres visionarios, humanitarios, se adelantaban por muchos años a las reformas sociales que estaban por venir. En cambio, otros, egoístas, metalizados, se enriquecían en sus negocios sin pensar siquiera en aquella materia humana, que con su esfuerzo, con el desgaste de su vida, los hacía más y más ricos.

De estos y otros contrastes se hacía balance a nivel nacional y se elucubraban proyectos y leyes que pudieran proteger y amparar al desposeído; pero mientras las aguas alcanzaran su nivel y se consolidara la situación ambigua, los dueños del poder abusaban. . .

*"Tú vas a la corte. Allí
activo en tu bien rebúllete,
consérvate, aséate, instrúyete
y vive, Andrés, sólo para tí".*

*"Obra mucho y cierra el labio
que llega a su fin más pronto,
con su actividad el tonto
que con su pereza el sabio".*

ANTONIO PLAZA

— VIII —

¡Oh vanidad de vanidades!
y nada somos.

Con la debida anticipación circularon las elegantes y finas invitaciones en papel de seda, grabadas con el monograma del club, participando a los socios que el aniversario del mismo, así como el esperado homenaje a los señores ex-presidentes, se celebraría en la fecha anunciada en un bellissimo paraje situado entre las instalaciones de los campos de tenis y frontón y el propio campo de golf, enmedio de una arboleda de álamos, fresnos y preciosos suaces que lucían entre sus ramas foquitos amarillos y verdes, colores emblema de La Cofradía. Se esperaba una noche serena y estrellada, recomendándose en el carnet, asistir vestido de riguroso smoking blanco.

Muy temprano, antes de la hora anunciada, empezó el movimiento de automóviles que buscaban sitio en el enorme estacionamiento con piso de grava, descendiendo de los flamantes y lustrosos carros, elegantísimas parejas que aromaban el ambiente emanado de sus perfumes sutiles, buscando